

**III EXPOSICION
DE LA REAL ACADEMIA
DE BELLAS ARTES
DE GRANADA**

MANUEL ANGELES ORTIZ

Retorno a la ciudad y su tiempo

GRANADA, JUNIO - JULIO 1984

SALON DE LA ACADEMIA

MANUEL ANGELES ORTIZ

Entre Granada y París

La Real Academia de Bellas Artes de Nuestra Señora de las Angustias de Granada, a la que perteneció Manuel Angeles Ortiz, se honra ofreciendo esta muestra de unas obras, alguna desconocida, que procedentes de colecciones particulares, nos dan la medida de su arte y su momento estético, todavía bajo el contrapeso del granadinismo y el viento arrebatador de la Vanguardia de comienzo de siglo.

Ofrecemos de la colección de su entrañable amigo y colaborador en tantas aventuras estéticas, Hermenegildo Lanz, la valiosa serie de dibujos y acuarelas entre las que los bocetos de la escenografía y figurines del Retablo de Maese Pedro, de Manuel de Falla, para el estreno en París, tienen un especial valor histórico. Son los años de su renovación antes y después de París.

La generosa colaboración de Enrique Lanz Durán, ha hecho posible esta presencia.

La otra colección de dibujos pertenece a Nicolás María López Díaz de la Guardia, que por azar, y después de rodar baratillos, llegó a sus manos. En ellas las obras maestras y los impulsos renovadores se expresan con la fuerza de un maestro sensible y sensitivo. Generosa ha sido la aportación de su propietario.

Está, y muy especialmente centrando la atención de la Sala, un cuadro que a sus diez y seis años, pintara cuando era discípulo de

Larrocha. Todos los tópicos del tiempo y de Granada, están representados. Rabioso realismo y verdad, en esa gitana, mantón, abanico y bordados, flor y balcón, que se abre al Albayzín y a San Miguel.

Es un cuadro que Manuel Angeles recordaba y nunca supo encontrar. Demasiado tarde ha salido a la luz. Pertenece a la colección de Pedro Borrajo de Montes, que generosamente lo ha ofrecido a la Academia para su conocimiento.

En esta muestra, íntima y humilde, la Academia entiende que está intacta y prístina, una hora del Arte de este miembro de ella, que ha muerto. Desde el inicio de una vocación, desde aquel estudio de Larrocha, junto a los granadinos Ramón Carazo y sus antecesores, Mezquita, Acosta, Morcillo, a esos dibujos y acuarelas con Picasso, Bracque, Joan Gris, Le Fauconnier, Leger, a lo lejos y más allá Cezanne, Manuel Angeles en su Academia de Granada, nos envía un mensaje estético de primera calidad.

Estampa del retorno de
MANUEL ANGELES ORTIZ

«Desde que recibí tu carta con tu relación de cómo nevaba en la Alhambra temblaba de emoción, porque me recordaba como en otros tiempos de mi juventud en uno de esos inviernos frísimos como ahí suelen hacer de vez en cuando, veía el Patio de los Leones en ese carnaval blanco de poesía sublime de insospechada maravilla con la punta de mi nariz moqueando y amoratada de frío. No quiero seguir esos recuerdos que te envidio y que tu los vives ahora como naturalmente cada quisque granadino». Tu carta tan simpática y llena de Graná como siempre son tus cartas; me despertaste aquel galbo de mujeres con el mantón negro de flecos apretado al talle, ¡qué gracia tenían en sus andares... y los cabreros con sus cabras, y los burros de la basura y los basureros que tenían unos sombreros de basura tan particulares que Federico y yo soñábamos con tener sombreros igualitos».

Así era Manuel Angeles Ortiz. Así vivió y murió en delirio constante por Granada, así sentía la ciudad de sus sueños. «La boca se me hace agua de pensar que pronto pudiera ir a Granada y vivir en ese minarete que pondrás a mi disposición en tu Carmen del Moro». Con el gran deseo de ir por Granada pues cada vez lo necesito como necesito el corazón...» Así sentía este pintor a su ciudad y así la añoraba tan poéticamente soñada, desde su lejano destierro de París.

Nos toca ahora a nosotros retornar esa vida y ese sentimiento a nuestra realidad de hoy, porque somos nosotros los que tendremos

que legitimar como notarios de los hombres que fueron y crearon un mundo estético, desde su sentir y pensamiento.

Manuel Angeles Ortiz ha muerto en París. ¿Qué hace un hombre que tanto ama una ciudad, en París, tan hermoso, tan universal, tan sublime, cuando tiene a la espalda o dentro, quizá en él mismo, un crónico delirio de Granada? El vivió y murió con la mirada puesta en Granada. Siempre. Fue un desterrado hijo de Granada. A ti suspiramos, gimiendo y llorando los desterrados hijos de esa Eva, cruel y hermosa, que es este rincón tremendo del mundo. Fue un desterrado de Granada, un peregrino de ese sueño, esa Meca, sobre la que edificó su vida y milagros. Se dejó en ella demasiadas cosas. Demasiado amor, demasiada vida en trance de místico lirismo. «La poesía de tu pintura es como la pintura de mi Poesía». Sí, era cierto. Lo dijo Federico. Sentía la belleza como un poeta y no supo expresarlo en palabras sino en formas. Delirantes formas. Como el Poeta más grande de todos los poetas, su amigo Federico, vivió el íntimo desvelo de Granada, y la ciudad fue para él la medida de todas las cosas. Amaba la luz del atardecer, la del alba, el rincón de la umbría del Darro, el verdín sublime de las piedras del Puente de Cabrera, de las fuentes de la Alhambra, el olor a tierra mojada de las primeras lluvias sobre la Silla del Moro, y el de los habares en flor de las huertas, el de las glicinas de Matamoros o el Partal. Amaba el frenesí orgiástico del aire y el temblor de la brisa y del estanque bajo los arcos y los arrayanes.

No he conocido un alma más apasionada por la belleza total de Granada, desde la moza, al basurero, desde el blanco clamor rosado de la Sierra, a la brizna de hierba o el acanto, desde el girasol al jazmín pequeño y escondido. Hablar de Manuel Angeles Ortiz, como hablar de Granada, es encaramarse, insensiblemente, por el árbol poético de la palabra. Pero es así. Y no puede ser de otra manera. Nadie ha intentado hablar de los sentimientos poéticos o de la belleza, sin naufragar, para bien o para mal, en lo literario, Manuel Angeles Ortiz, hablaba en trance poético de Granada y sólo así podremos entender el contenido del corazón. Yo lo he visto llorar ante el paisaje muchas veces. Cualquier paisaje, recinto, hora, lugar, estación. Algo así le ocurrió a Unamuno contemplando el paisaje

desde San Nicolás. Lloró. ¿Por qué llora el hombre? Quizá por no poderse fundir en la belleza, arrojarse al crisol del fuego poético. Ante aquella «puesta de sol», ante aquella luz en la Alhambra, y la Sierra Nevada, ¿qué otra cosa podía hacer Unamuno? Llorar es amar las cosas que uno sabe que va a perder. Y se pierden, o mejor, nos perdemos nosotros de ellas. Todos lo sabemos, y lloramos por ello.

En Granada hay una hora solemne de la puesta del sol. «Qué niños. ¿Venís ya borrachos de crepúsculo?», les decía su padre a Federico y Manuel Angeles. Sí, venían embriagados de esa luz, y del rayo verde tan difícil de descubrir.

Cuando Manuel Angeles retorna a Granada después de la larga y dolorida ausencia, no lo conocía nadie. Uno había entrevisto su presencia en las incidencias con la vida de Manuel de Falla. Por todas partes salía el nombre de este pintor granadino, que con los de la Tertulia del Roncocillo, habían descubierto la nueva estética. Eran los Vanguardistas de Granada. El Cubismo se había asomado a las revistas, el Litoral, Cruz y Raya, y la de Occidente, pero antes de ellas, ya andaban las informaciones del movimiento vanguardista por las tertulias de Granada. Ismael González de la Serna, el gran bohemio genial, salió a airear su arte, a Francia. «Vente, Manolo, aquí se pinta de otra manera a lo que hacíamos nosotros». Era la tentación al vértigo del momento. Sin embargo, un día Manolo Angeles cambiaría toda su vida, por aquellos años granadinos del 15 al 22, o al 24 y al 30. Estaban descubriendo la sencilla esencia de la belleza y de la vida.

Pero la muerte, 19 años en flor, de Paquita Alarcón Cortés, su mujer, con la que desde niños jugaban en el jardín del Carmen de Larrocha, desgarró su joven corazón atolondrado. Huyendo de su soledad se instala en la niebla y la lejanía. Granada había perdido a Manuel Angeles Ortiz, pero él llevaba a Granada por dentro como un yugo, un maleficio, un bálsamo.

Manuel Angeles Ortiz, tenía «ángel». Era un don de Dios. Le iba bien el nombre. Un ángel garboso se había instalado en él, como

el del Camborio. Cuando regresa a su Granada, trae la brújula del corazón a punto y en el meridiano en el que nos encontramos. —Tú eres Manuel Angeles. —Y tú Manuel Orozco. —Sí. —Me manda Bernabé Fernández Canivet. Vengo de Málaga a buscarte y a buscar mis recuerdos. Parecía habernos conocido siempre; luego, él me fue llevando de la mano a sus recuerdos. Yo fui llevándodolo a sus amigos, Gabriel Morcillo, Miguel Cerón, Baldomero y Pepe Bueno, sus padrinos de no sé qué, Marino Antequera, Luis Seco,... Le brillaban los ojos a cada encuentro con los amigos y el paisaje. Traía un nombre grabado en la frente ¡Federico! Lo llevé a la Pensión Matamoros. Aquello era un milagro de sutilezas y romanticismos marchito y delicioso. Su propia decadencia en la umbría del bosque de la Alhambra, su inmenso jardín, su escenografía diaria del sol por poniente derramando en la fuente del jardín su oro sobre el verdín transparente del agua, sus ruiseñores casi a la mano, transferían a un mundo que había muerto, y sin embargo, estaba allí intacto a la mano y al alma.

Traía ya Manuel Angeles, blanca la cabeza, como debiera tenerla Pompeyo o Tiberio, y dorada de soles la piel. Se parecía al Gattamelata, o al Bronzino, y tenía la arrogancia de un Gran Capitán o un Tribuno. Con el polvo del camino, dejó aquel maletón inmenso y los caballetes, en la Pensión de doña Völker, y nos fuimos apagándose el sol, a la Alhambra, el Partal,... donde lloró aquella tarde. Era su reencuentro con su juventud y sus recuerdos. Parecía que un mudo diálogo se establecía entre él y el mundo que había desaparecido, sus amigos, su infancia, su desmedida ilusión y ese asombro de ir descubriendo insensiblemente la belleza. Toda la tarde la consumió en encontrar su residencia perdida. Asistir junto a él a ese deleite de reconocer las cosas y los lugares era como contemplar el éxtasis místico de un peregrino que retorna al santuario de su fe. Desde la inmensa nube rosa sobre Sierra Elvira, a la brizna de hierba del Partal, o las Torres, desde el trémolo de las hojas de los chopos de Valparaíso, al barranco de Víznar y los viejos olivos, Manuel Angeles estaba en un trance estético, en el que le iba el corazón. Volvían a él los recuerdos: su infancia entre Zacatín y Bibarrambla, como el Rey Moro. Volvían sus pájaros perdidos en la fronda de los recuerdos entre los tilos de la Plaza. Los chopos de

Zujaira, los cipreces del Generalife, los viejos castaños de la Bola de Oro, cuando pintaba al Poeta. Los paseos con Paquito Soriano Lapresa por las Conejeras —una rueda de tejeringos y gramática rusa— en las primeras horas del día con el rocío en las hojas. Las tardes en Asquerosa junto al poeta niño, cantando a coro, «Al fin te miro, Ebro famoso...», mientras se mordía las uñas y le subía el «pavo». ¡Pero niño, canta! El cura Enrique García Palacios, su madre, la guantera de la calle de Oficios, los García Lorca que eran el ciento y la madre, con los primos. Eran las Ferias de Asquerosa, y las ferias de su corazón. Dormía en la casa del Cura Palacios, y se iban por las tardes los niños a la orilla del río, bajo los chopos junto a los meandros del agua en la fuente de la Carrurra. ¡Qué nombre tan feo! Federico lo cambió. Allí escribía, por el de la Vega de Zujaira. Y se bañaba; claro, Manolo, Federico no. Le aterraba el río. Allí el río se adentra como un alfange, entre el verdor trémulo de los chopos como bajo una catedral esmeralda. Y a lo lejos, Granada, bajo el dosel de la nieve litúrgica y total.

Y volvían a sus recuerdos los paseos junto a Falla, Cerón, Ismael, Lanz, Juan Cristóbal, Campitos, Mora, Segovia, Jofré, Vilchez, «Picoreondo», Ramón Carazo, Pizarro... Pero todos, casi, habían muerto. El los llevaba incorporados a su arquitectura de hombre hundido en los recuerdos, viviendo en ellos. Renaciendo. Retornando a la vida antigua perdida y encontrada en el aire de Granada. Como en el aroma de la flor está viva la presencia de la rosa, o del pequeño jazmín, o del galán de noche que en la Huerta, enervantes, penetraban el balcón abierto del cuarto del poeta, donde la luna entra a raudales y se tiende en el suelo como una pleamar luminosa en la playa de las baldosas.

Todos los años volvía Manuel Angeles Ortiz a su puerto de amarre, de salida y de retorno. Granada era su dársena y su caladero donde, esa barca viajera que era el pintor, se calafateaba de recuerdos. Se instalaba en la Pensión Matamoros como en un mundo en fuga. Allí, en aquella Pensión con cierto aire victoriano y marchito de extranjería, y azulejos, se había quedado prendido y descendía por los muros encalados, el último romanticismo imposible.

Doña Völker —cara de pepona y cuerpo de Brunilda o de Wal-kyria—, con aquella piel herpética escocesa o germánica, le reservaba conmigo, aquella habitación del Carmen, que se habría al **paisaje más maravilloso del mundo**, como dijera Falla, sobre el que se alzaba el cañamazo del bosque del jardín. Aquel balcón al que ascendían, réptiles vegetales, las glicinas, que se doblaban sobre las barandas, penetrando la estancia de delirios de aromas. Llegaban hasta él las frondas y los rumores del jardín y la umbría, los grillos, el rumor de la fuente, las campanas estremecidas del Angelus, la ciudad lejana, tendida como un buey cansado y rumoroso, los gritos de los niños, los lejanos rastrojos de la Vega. En los cristales del balcón, calcomanías de mariposas azules y rosas revoloteaban junto a los tercos moscardones. Crujían las tarimas del suelo, crujían las irisadas panoplias de las telas de araña, la carcoma oculta, mientras Manolo, sentado, me iba hablando con esa fluidez de una cierta poesía que trascendía de su verbo.

Luego, cuando volvíamos del Generalife, las cenas en el jardín bajo los cipreses y los tilos, el magnolio florecido, junto a la fuente y el pilar rumorosos, tenían el encanto sutil de lo que está marchitándose hacia el olvido, el encanto de su propia melancolía decadente, inefable.

Al amanecer, Manuel Angeles cogía sus bártulos y se iba al Generalife. Como cuando niño, se embriagaba de aromas y color, de belleza y fantasía. Regresaba cuando se apagaba la tarde y se encendían los grillos y las ranas en las charcas y los estanques, salían de los rincones los gatos moradores del recinto, como en un rito del silencio y la noche. Había una gatita plateada que nos miraba desde su mirada azul, como una princesa tierna y amorosa. Nos acompañaba a la cancela como en una escolta gatuna y ritual.

Cuando llegábamos, María nos servía la sopa de hierbabuena en las mesas del jardín, mientras las mariposas revoloteaban en los farolillos sucios y líricamente perfectos.

Volvíamos cuando agonizaba la tarde y renacían los rumores, y el aroma enervante del Generalife descendía como un fanal azul

violeta que contenía la tarde. Y se alzaba, rutilante y solemne, el lucero azul sobre el Veleta, Venus altiva y temblorosa. Cuando las campanas del Angelus de San Cecilio, o las Comendadoras de Santiago, o el esquilín de los Angeles o Santa Catalina, los viejos conventos del barrio, ascendían la Antequeruela llenado el aire del estremecer de bronces y maitines. Granada es, también, un largo estremecimiento de campanas, que hacen el contrapunto relojario al paisaje.

Cuando llegábamos, María nos esperaba, o doña Völker, con la sopera caliente de aquella sopa de hierbabuena o hierbaluisa del jardín. Era como vivir otro tiempo, otro planeta, como traspasar el muro de la meméz hortera que hemos construido. Estaba en su elemento Manuel Angeles Ortiz en los años cincuenta estrenando su retorno a Granada, su epifanía de la luz y la belleza. «Recuerdo, no olvidaré —me decía en una carta— una mañana tempranito, subir yo a la Alhambra y por la cuesta de Gómez bajaban un grupo de mozuelas preciosas, rezumando cachondería con picaresca graciosa, al cruzarlas me impresionó el olor como si sus cuerpos guardasen el calor de la cama mezclado al agua fresca de haberse recién lavado que llevaban pegadita a sus carnes, tenían un tufarrón como tienen las plantas de flores cuando se riegan, como esencia de imagen pictórica, quisiera habérsela dado a toda mi pintura, ¡qué difícil debe ser y qué bello es todo cuando recuerdo algo de Granada!».

Manuel Angeles siente a Granada con los cinco sentidos. Su sensualismo procede de la esencia de la realidad granadina. Es el «alerta» de los sentidos, la exaltación del hallazgo estético. Es, en fin, la suprema expresión sensorial que es la senso-percepción, o estado trascendente de los sentidos, y su integración en la naturaleza. Procede de la esencia barroca de Granada, que nos ha mostrado el máximo investigador del Barroco, mi hermano Emilio, quien afirma la fuerza del sentimiento sensorial en la expresión artística granadina.

Granada no es sólo paisaje, o espectáculo para los ojos, sino ventana abierta a todos los sentidos por la que penetra la brisa total de la naturaleza. A Granada se la vé, se la huele, se la gusta, se la oye, o se la toca, como al hermoso fruto de su símbolo, o no se la

comprende. Así, con sus cinco sentidos la contemplaron los poetas arábigos, o fronterizos, o San Juan de la Cruz en su Cántico desde Los Mártires, o Soto de Rojas, o Collado de Hierro, o Góngora en su Poema largo y hermoso a Granada, o Lope en tantos versos, o Juan Ramón, hasta Federico y Villaespesa. Granada es un manantial de deleites sensoriales y así la vive Manuel Angeles Ortiz. Es luz, y música, y aromas, y sabor a «miel, menta o albahaca», o tersura. He aquí la esencia orgiástica y Dyonosiaca de la Ciudad, esa «total nada serena que a mi inquietud le brindas». O como escribiera San Juan de la Cruz, bajo «el ventalle de cedros», de los Mártires. El escribió allí:

De flores y esmeraldas,
en las frescas mañanas escogidas,
haremos dos guirnaldas.

Y luego:

El aire de la almena,
cuando ya sus cabellos esparcía,
con su mano serena
en mi cabello hería
y todos mis sentidos suspendía».

¡TODOS!, dice el poeta místico. Esa es, Emilio Orozco lo ha señalado, la esencia barroca de la estética granadina que en Federico y en este Manuel Angeles, hace eclosión esplendorosa.

He aquí la mística sensual y poética de Manuel Angeles Ortiz y esa peculiar prosa poética desgramaticalizada de poeta creador. Era un enfermo de amor a Granada; no he conocido otro igual, y uno se imagina que así debió ser Federico. El, que había recorrido los siete mares y mundos borrascosos de la vida y el milagro de cada día, hacía un milagro de la hora granadina. Por eso Manuel, cuando me escribía esas interminables cartas de encargos y recuerdos, parecía estar recreando su existencia granadina. Y por eso me pedía que doña Völker —todos la llamábamos Felca— le reservara la habitación de los balcones con los cristales de mariposas azules y rosas, que daba a la umbría del jardín y al paisaje de poniente. Eran los años en que vivía solitario y viajero en aquel estudio de la rue des

Fosses de Saint Bernard, cuando buscaba afanosamente el carmen-cillo para instalarse en Granada, ese carmen-cillo que se le fue con sus últimos ahorros en la ruina financiera de ese Banco. Luego, encontrará al fin su estudio en el Caidero, y volvió a sentirse en puerto seguro y ya definitivamente. ¡Ya estaba instalado en su Granada! Aquella terraza, aquellas macetas, aquella enredadera, aquel tremendo calor del palomar en el que sobre aquellos muebles que buscábamos en los baratillos y las sillerías, fue realizando quizás su más importante serie granadina. Ya estaba instalado en Granada. Que si el fontanero, los pintores, el riego de las plantas, el emparado. Así era Manolo en Granada. Nadie le conocía, ni falta que le hizo. Nadie le halagaba porque lo ignoraban. Desde el Faquillas en el Campo del Príncipe a las Chirimias o Tres y medio, desde Manolico en la Mimbre a La Mosca, Manolo se pateó Granada y bebió el vino de las tabernas.

Había vuelto al fin. Eso era lo importante. Quedaban atrás las turbulencias, la guerra, aquella playa alambrada francesa, —¡oh la Liberté!— campo de concentración y de muerte, disentería, piojos, senegaleses... la muerte de Paquita Alarcón Cortés, su niña-mujer de los diez y nueve años... quedaba atrás Barcelona, Buenos Aires, su madre, allí tan lejos... quedaba atrás aquella lejanía del destierro... «y ya estarán en la Alhambra, cantando los ruiseñores».

Cuando vuelve a Granada, todavía estaba intacta, con sus bazares y anaquel pintados de blanco, con aquella mano abierta sobre un plinto de terciopelo, que parecía la de Santa Teresa, pero perfumada y de muestrario de guantes, aquella guantería de doña Serafina, donde su madre, esbelta, noble, altiva y guapa como una estampa de postal, era guantera, mientras él hacía guerrillas por la calle de Libreros o Provincias, entre la Plaza de los Flores y la de Baratillos o Niños Luchando. Por los entresijos de la Alcaicería y la calle de la Cárcel, la infancia de este Manuel Angeles, se abre como un abanico de colores, un tío-vivo de banderolas y asombros. El hijo de la guantera quiere ser pintor, y se va al estudio de don José Larrocha en el cobertizo de San Matías o el Carmen del Albayzín, donde juega a sus doce años con Paquita, la hija de Bernarda Cortés, la Perla del Albayzín, que posaba para los alumnos y el maestro.

Por eso cuando regresa, busca el aroma inefable de los recuerdos por las calles de su infancia, esa Plaza de Bibarrambla que se llena de aroma de los tilos para sublimar el aire del Corpus y los balcones de la casa en que uno nació. Allí en esa Plaza, sobre la «Camelia» —puntillas, entredoces, pasamanería, velos y encajes, medias y ovillos de hilos de seda— vivió aquel niño que vuelve, tantos años después, a reencontrar su alma perdida en la memoria.

Pero luego, hoy, dos meses después de su muerte, «luego, luego, luego... un velón y una manta en el suelo».

Manuel Angeles Ortiz necesariamente está fundido en las cosas que tanto amó. Fue un arcángel de la amistad, la simpatía y la ternura. Cuando la última vez vino a Granada, por el Generalife Manuel Angeles se estaba despidiendo de la belleza bienamada. Parecía ya, que al andar, le sonaba el esqueleto, y se le iba entristeciendo la mirada azul de llanto contenido. Cualquier adiós podía ser el último. El lo sabía, y siempre nos abrazábamos como asomados al borde de un abismo, de una torre sitiada.

Aquel día le regalé un cayao de pastor, blanco como de marfil, y grande como un báculo pontifical, le pinté una granada y un corazón y nuestros nombres. Le ví alejarse como un profeta, un peregrino. Yo me temía que pudiera alejarse hacia la barca de Caronte, hacia la muerte. Así fue. También él lo sabía. Eramos como hermanos de una misma madre: Granada. Que no se entera nadie. éramos como hermanos.

Manuel Orozco

NOTA: En las cartas de Manuel Angeles Ortiz hemos respetado su peculiar ortografía y expresión gramatical.

CATALOGO

A. Colección ENRIQUE LANZ DURAN

- 1. Retrato de Sofía Durán.**
- 2. Retrato de Hermenegildo Lanz (1922).**
- 3. Retrato de Hermenegildo Lanz (1920).**
- 4. Retrato de Eloisa Alarcón.**
- 5. Paisaje (acuarela).**
- 6. Paisaje (acuarela).**
- 7. Paisaje.**
- 8. Estudio en movimiento.**
- 9. La Caleta.**
- 10. Barcos pesqueros de Málaga.**
- 11. Barca.**
- 12. Desnudo de hombre.**

RETABLO DE MAESE PEDRO

13. Los Pirineos. Dos decorados.
14. Don Quijote y Sancho. Telón de boca.
15. Portada del teatro de Maese Pedro.
16. Sala de Carlo Magno.
17. Figurines para el retablo.

Don Gaiferos.

Soldados del Cortejo de Carlo Magno.

Trompeteros de Carlo Magno.

Pajes de Don Gaiferos.

Carlo Magno.

Don Gaiferos a caballo.

Soldados del Cortejo de Carlo Magno.

Don Roldán.

18. Figurines para las marionetas.

Don Quijote.

Pierna de Don Quijote.

Trujamán.

Sancho Panza.

Maese Pedro.

B. Colección NICOLAS MARIA LOPEZ

19. La Alhambra.
20. Desnudo de mujer.
21. Novicio leyendo.
22. Juguetes.
23. El Paseo de los Tristes.
24. La siega.
25. Paisaje con árboles.
26. Alegoría de Ronda.
27. Pájaro en vuelo.
28. Mujer desnuda de espaldas.
29. Desnudo de mujer y cabeza.
30. Desnudo de mujer.
31. Bailarinas orientales.

C. Colección PEDRO BORRAJO MONTES

32. Mujer granadina (óleo)



EXPOSICION HOMENAJE A MANUEL ANGELES ORTIZ
EN EL AÑO DE SU FALLECIMIENTO

PALACIO DE LA MADRAZA